Año 1962 138

Diario de Burgos 24 mayo

Ese no sé qué

Por Joaquín CALVO SOTELO
De la Real Academia Española

HE visto en la Iglesia Católica de Atenas, desde el soberbio observatorio que la fortuna me concedió, el desfile del cortejo nupcial de la Princesa Sofía y don Juan Carlos, Reyes que son, Reyes que han sido o que esperan serlo y que no lo serán nunca o que lo serán si la Divina Providencia no tuerce sus designios; Príncipes herederos de tronos muy precisos y concretos o de otros que se hundieron para siempre y cuyos nombres flotan sólo en los libros de Historia pasada sin posibilidades de llenar una sola página de la venidera; representantes de las casas nobiliarias de más fuste del Ghotha, han pasado delante de mí con sus rutilantes uniformes, con sus impecables fraques, con sus condecoraciones y sus bandas, realzando así la belleza de una ceremonia inolvidable.

De la calle llegaban, fundidos, los himnos y los aplausos, que la música de aquellos sin ésta de los vítores es poca cosa y siempre perecedera, pero las dos fundidas son algo tan hermoso que bien vale la pena de escucharlas.

Yo iba pensando y preguntándome a mí mismo en qué consiste ese no sé que, ese extraño no sé qué de las monarquías que pese a tantas y tantas convulsiones, pese a la iconoclasta y demoledora furia de la política, sigue produciendo un respeto, un temblor, un algo indescifrable que perturba y conmueve. No vamos aquí a entregarnos ahora a una disección de los pros y los contras de las formas de gobierno; quede ese análisis para los sesudos tratados de Derecho político, pero ¿de dónde le viene a las Monarquías esa especial gracia, ese carismático don? ¿Cuál es la causa de que la boda de una Princesa, a veces desterrada, de un Príncipe sin principado, estremezca la sensibilidad multitudinaria y provoque aluviones de fotógrafos y de reporteros y ocupe páginas y páginas de los periódicos y en cambio la de Margaret Truman, pongo por caso, hija de uno de los monarcas sin corona más poderosos del orbe, promueva tan solo unas cuantas líneas de las crónicas de sociedad de los periódicos del partido demócrata? Que no se diga que ese gozo que une tantos millares de seres a los esposados reales florece tan solo en los espíritus simples, en las almas rosadas e infantiles y un poco bobaliconas, porque yo he visto a más de uno y de dos batalladores avezados dejarse sugestionar por la sonrisa, por el ademán afectuoso o la palabra amable de un monarca al que o menospreciaban o combatían antes. Que no se diga, igualmente, que tal fenómeno se da tan solo en los países regidos por Monarquías, ya que en la vecina Francia, que numera las Repúblicas como los Reyes, no hay semanario que se precie y aspire —muy legítimamente— a satisfacer a sus anunciantes, que no alinee en sus páginas príncipes y princesas de variadas estirpes. Eso mismo acontece en Italia. Harto problemático es que vuelvan los Saboya al trono del que un plebiscito harto recusable por la fecha elegida, por la precipitación con que se llevó a cabo, por la deformada propaganda de que se le hizo preceder, les expulsó hace años y, sin embargo, la curiosidad multitudinaria con que se siguen las itinerantes figuras de la dinastía es prenda segura del éxito de cuantas publicaciones insertan sus retratos. Fin a la Monarquía como forma de gobierno pero no a su nostalgia. He ahí un curioso fenómeno.

¿Cuál es la clave de ese no sé qué? Se llama tiempo, tradición, continuidad. La Monarquía supone la existencia de una familia relevante en la cúspide de cuantas constituyen la nación, visible hasta en sus mínimos movimientos e incidencias, de una familia con la que se solidarizan las demás y a las que impone la norma: de ahí su necesaria ejemplaridad.

En los hogares de Atenas, seguramente en los de Grecia entera, la Princesa Sofía ha sido adoptada como una hija y los detalles del vestido de la ceremonia, de los regalos, vividos y discutidos apasionadamente como si se tratase de algo propio. Los atenienses se han lanzado a la calle a ver casarse a su hija o a su hermana, o, por lo menos, a su amiga, a la que han contemplado desde niña jugando en los jardines de Palacio, preparando sus serios estudios de arqueología o aliviando caritativamente el dolor de los enfermos. Si el ceño de los cuidadores del presupuesto hubiese obligado a recortar la ostentación y el boato connaturales a fausto de tanta prosapia, las gentes se hubiesen sentido defraudadas. Las constituciones, el juego de los partidos, limitan a veces a extremos puramente simbólicos las atribuciones reales, pero de quienes las ejercen se proyecta siempre sobre sus súbditos una especie de ligadura paternal. Cuando la derrota, el error o el azar la trunca parece como si se rompiese un secreto, un inexpresable equilibrio. La Revolución entonces, es una manera de orfandad.

La vinculación en Grecia de los Reyes y su pueblo es muy vigorosa. Debido a ello, desde el Partenon hasta el Pireo, tanto por las anchurosas plazas como por las minúsculas y humildes, tanto en los hogares de los aristócratas como en los de los pescadores y marineros, hemos respirado, cuantos nos trasladamos a Atenas, ese raro perfume, ese inefable hálito, ese no sé qué de las Monarquías.